

Una metáfora del mestizaje

Enrique del Risco
Escritor

Malos tiempos estos para la pureza. Son tiempos de mestizajes, deseados o no, pero inevitables y, con un poco de suerte, fecundos. El mestizaje es el recurso definitivo para superar la extrañeza que nos inspiran los otros, para derrotar finalmente la soberbia real fundada en la pureza falsa. Pero no pienso extenderme enumerando las ventajas del mestizaje. Soy un mestizo de la más blanca y la más negra de las Antillas (un mestizo que a veces pasa por “blanco”, que es la forma que en Cuba te hacen perdonar tus “impurezas”). De ahí que, en lo personal, me parezca ridícula e interesada la celebración del mestizaje. Me resisto a considerar lo inevitable como bueno o meritorio. Para explicarme mejor, permítaseme incluir aquí una anécdota familiar.

Resulta que hace siglo y medio, un joven hacendado cubano, Tomás Betancourt y Zayas, no hizo nada de especial: tuvo sexo con una de sus esclavas. Pero tiempo después, y no necesariamente a consecuencia de lo anterior, hizo algo verdaderamente trascendente: se unió a tres jóvenes hacendados más en la

heroica empresa de liberar a Cuba de España, adelantándose en casi dos décadas al Padre de la Patria y su guerra de independencia. Corría el año 1851 y, como era de esperar, casi enseguida los cuatro heroicos aprendices de libertadores fueron capturados y ejecutados.

Pero resulta que mientras esperaba convertirse en uno de los cuatro primeros fusilados de la historia cubana (otra nutrida tradición nacional), Don Tomás recibió la visita de la esclava antes mencionada. Ésta no le traía una taza de chocolate, por ejemplo, sino una niña recién nacida para que la reconociera como su hija. Don Tomás Betancourt y Zayas, tomando en cuenta su alta responsabilidad patriótica en momento tan trascendente como aquél, sabiendo que ese gesto resultaría decisivo en la conformación futura de la nación por la que luchaba, no reconoció a la niña. Después de todo, como parte de su dotación de esclavos, aquella niña de todas maneras llevaría su apellido.

Pues bien, puede que Don Tomás no fuera el padre de la criatura, pero aquella



niña era mi tatarabuela Lolila. Así que si no llevo en las venas sangre de fusilado, llevo la de aquella esclava que Don Tomás se anexionó en algún oscuro rincón de su finca. No es precisamente un ejemplo feliz de mestizaje. Al hacendado liberal, fallido libertador él mismo, le fue imposible superar la extrañeza formal hacia la mujer cuya carne no le había resultado ajena, sino cercana y apetecible.

Un amigo, el inefable Chago, me sugirió para este texto sobre el mestizaje la metáfora del arroz y los frijoles, base de algunos de nuestros platos más venerados. Las metáforas gastronómicas pueden ser peligrosas si se trata de aludir lo humano, así que me serviré de ella con cuidado. Los frijoles negros y el arroz pueden cocerse por separado o combinarse en ese arroz oscuro, empedrado de judías negras, que recibe el nombre de moros y cristianos. Siendo uno de mis platos favoritos, casi nunca me atrevo a pedirlo en los restaurantes cubanos que pululan por medio mundo. Sé de antemano que caerán derrota-

dos ante el recuerdo del arroz moro que solía hacer mi abuela cada domingo, con esa rutinaria maestría que abunda en unas cuantas abuelas.

Para mi suerte, he recuperado ese sabor en sitios insospechados de Nueva York o Miami. Pero siempre, tras ese sabor, encuentro manos sabias y respetuosas por la alquimia que conduce a él. Ahora que el mestizaje se ha convertido en moda (aunque de moda también está su contrario, la defensa rencorosa e inútil de la pureza), bienvenido sea. En todo caso siempre preferiré el mestizaje respetuoso y sabio, el que no entrañe desprecio por ninguna de las partes ni por el resultado final. Mestizaje conducido por el esfuerzo minucioso de músicos como Gema Corredera y Pavel Urquiza, o por los que, con fortuna, emulan los moros y cristianos que nos regalaba abuela.